

Fall
042
1

MUSEO HISTORICO NACIONAL

SERIE II

Nº XIX

MUSEO HISTORICO NACIONAL

Disertación en el Instituto Popular de Conferencias, del diario "La Prensa", por el Director del Museo Histórico Nacional Capitán de Navío Cont. don Humberto F. Burzio, el 7 de octubre de 1960



MINISTERIO DE EDUCACION Y JUSTICIA

Dirección General de Cultura

Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos

1 9 6 2

INV	0302	et
SIG	Fall	02
LIB	/	

MUSEO HISTORICO NACIONAL

MUSEO HISTORICO NACIONAL

SERIE II

Nº XIX

MUSEO HISTORICO NACIONAL

Disertación en el Instituto Popular de Conferencias, del diario "La Prensa", por el Director del Museo Histórico Nacional Capitán de Navío Cont. don Humberto F. Burzio, el 7 de octubre de 1960



MINISTERIO DE EDUCACION Y JUSTICIA

Dirección General de Cultura

Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos

1 9 6 2

DISTRIBUCION GRATUITA

Talleres Gráficos del Ministerio de Educación y Justicia — Bs. As.

MUSEO HISTÓRICO NACIONAL

MUSEO HISTÓRICO NACIONAL

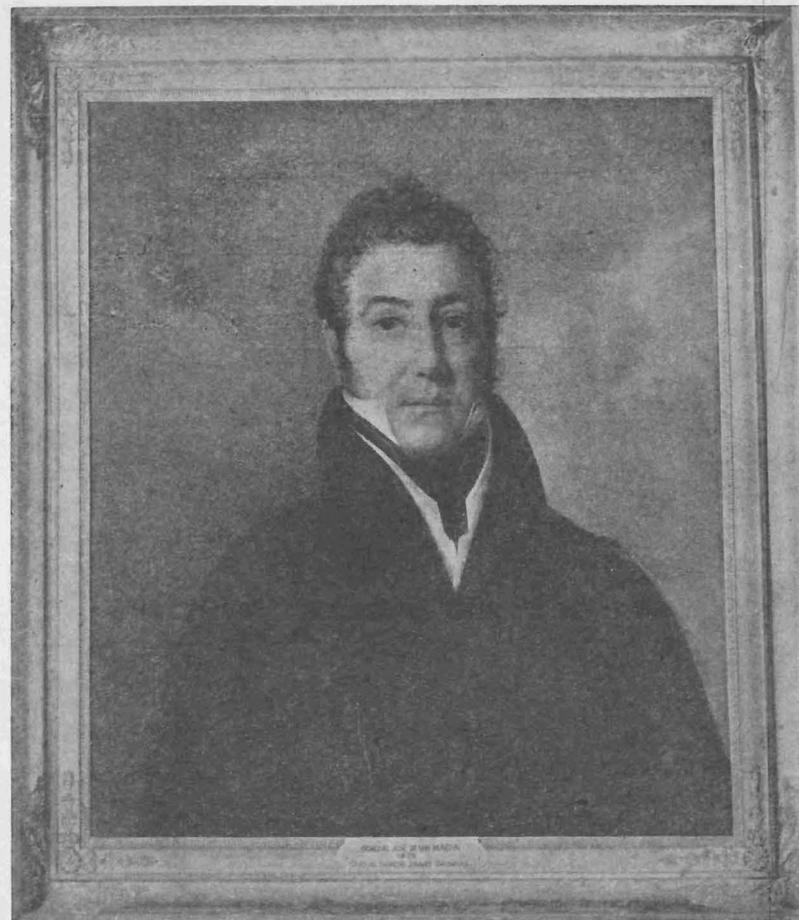
Ubicación en el Instituto Popular de Conservación, del barrio
La Florida, por el Director del Museo Histórico Nacional Carlos
de la Haza, con don Humberto F. Pardo el 7 de octubre de 1930.



MINISTERIO DE EDUCACIÓN Y CULTURA

Dirección General de Cultura

Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos



Oleo atribuido a Francisco J. Navez, discípulo del célebre pintor David, Bruselas - 1828.

El Libertador, general don JOSE DE SAN MARTIN, es el Patrono del Museo Histórico Nacional por resolución del 16 de agosto de 1940, de la Comisión Nacional de Museos, Monumentos y Lugares Históricos y por iniciativa de su presidente doctor Ricardo Levene.

EL Instituto Popular de Conferencias del diario "La Prensa", invitó al director de esta Institución a disertar sobre el tema "Museo Histórico Nacional".

La conferencia tuvo lugar en el Salón Dorado de esa prestigiosa tribuna de la cultura nacional, el día 7 de octubre de 1960. El orador fue presentado en breve improvisación por el presidente del Instituto doctor don Arturo Capdevila y al responder a esos conceptos el Director del Museo, agradeció la oportunidad de habersele brindado el uso de la palabra para dar a conocer la historia de una institución de tan honda raigambre patriótica.

MUSEO HISTORICO NACIONAL

El Museo Histórico Nacional por singular coincidencia está ubicado en el lugar donde comenzó la historia de la patria, en el extremo sur de las barrancas, que desde el Retiro corren hasta el parque Lezama, para torcer bruscamente hacia el oeste. Su extremo norte llamado Campo de la Gloria en 1808, Plaza de Marte en 1822 y Plaza San Martín en 1862, fue teatro de la enconada resistencia contra el invasor británico y del entrenamiento militar de los granaderos a caballo dirigido por el General San Martín, que en triunfal epopeya llevaron los principios de Mayo hasta las laderas del Chimborazo, en la línea del Ecuador.

La parte media de esas barrancas tiene una historia que se acerca a los cuatro siglos; ahí nació la autoridad en el Fuerte; ahí nació la representación popular en el Cabildo y ahí nació también la fe en Cristo en el solar asignado como iglesia por Juan de Garay. El extremo sur de las barrancas donde se encuentra el Museo, tiene recuerdos más antiguos, ya que la mayoría de los historiadores fijan la instalación del primer asiento de la ciudad en el espacio comprendido entre el parque Lezama y el zanjón de Granados, es decir, a la altura de la actual calle Chile.

Aglutinan pues esas cuadras de ribera las virtudes propias de todo pueblo; resistencia al invasor que osa hollar su suelo; la gloria militar de sus hijos que defienden nobles principios y hacen partícipes de los mismos a otros pueblos hermanos; su vida política, su fe religiosa y el recuerdo de su historia y tradiciones.

Aunque las divergencias de los historiadores sobre el lugar exacto del primer asiento de Buenos Aires no han terminado, hay coincidencia en afirmar que fue en

las barrancas ribereñas, con la excepción de Pablo Grousac que lo fija en la Vuelta de Rocha. No hay duda que por razones estratégicas de defensa el poblado debe haber sido construido en un sitio elevado y cerca del Riachuelo de los navíos, sitio que puede ubicarse entre el Alto de San Pedro, como se llamó más tarde a la barranca a la altura de la calle Humberto I^o, con límites en aquel zanjón y la esquina de las calles Martín García y Paseo Colón, cuya barranca culmina en la calle Defensa, donde se encuentra el Museo Histórico Nacional, sitio este último señalado por Félix Outes.

La historia de la patria comenzó en esas barrancas, cuando en un día del mes de febrero de 1536 llegaron las naos de Pedro de Mendoza, ante la vista asombrada de los indios querandíes que ocupaban las márgenes del Riachuelo dedicados a la pesca, y a la caza en las tierras altas cubiertas de ceibos, talas, chañares y espinillos, con tupidos matorrales y una fauna criolla variada de pumas, teros, chajaes, perdices y culebras.

Allí hemos levantado un asiento, éste se ha llamado Buenos Aires; esto, dicho en alemán, es "Buen Viento". Así escribía en su crónica el lansquenete Ulrico Schmidel, el primer historiador del Río de la Plata que describiera las trágicas vicisitudes de esa primigenia etapa de la vida histórica de nuestra tierra.

En el recodo sur, dentro del cual se encuentra hoy el Museo Histórico Nacional, nació el país cuando varones de recia estirpe asentaron sus reales entre los bañados del Riachuelo y la pampa salvaje, extendida sin límites hacia la Trapalanda del misterio.

Las empalizadas del poblado que formaron su perímetro, defendidas con arcabuces, ballestas, espadas y bracamartes, no impidieron el vuelo de las flechas incendiarias, de las bolas arrojadas y del hambre que se adentró bien hondo en el poblado y que quedaron rotos

y maltrechos los escudos heráldicos del primer Adelantado y Capitán General, el ilustre señor don Pedro de Mendoza y de los hidalgos conquistadores Pero Hernández, Francisco Ruiz Galán, Alonso Cabrera, Julián Carrasco y Juan Romero y desvanecidas las ilusiones de los treinta y dos mayorazgos que traía la expedición, como si la sombra sangrienta del maestro de campo Juan de Osorio tomara venganza por su inicuo asesinato.

A do fue el lastimoso acabamiento
de tanta bizarría cual yo cuento,

cantaría más tarde, con razón, el arcediano Martín del Barco Centenera en su poema, "Argentina y conquista del Río de la Plata".

Muertos y dispersos los fallidos conquistadores, con los esqueletos de sus barcos mal calafateados o incendiados en el fondo del barroso río, la historia pareció terminar allí, pero el alma del poblado permaneció flotando en las barrancas a la espera del cuerpo que traería cuarenta y cuatro años más tarde el fuerte vizcaíno Juan de Garay.

En el plano de repartimiento de solares del año 1583, hecho por el segundo fundador de Buenos Aires, los correspondientes al sur no pasaban de la calle Chile, pero en la mensura de Ozores hecha a principios del siglo XVII, tierras de la ribera del Riachuelo tienen dueño, ya que figuran a nombre de María Basurco. En general, los planos de ese siglo no llegan al extremo meridional de la barranca.

A fines del siglo XVIII la zona del Parque Lezama estaba delimitada por varios solares. Juan Necochea Abascal poseía un solar que comprendía al terreno del Museo; la actual calle Defensa era conocida con el nombre de barranca de Marcó, nombre tomado del propietario del lugar don Ventura Migue! Marcó del Pont, ubica-

**JUAN NECOCHEA ABASCAL
(HOY PARQUE LEZAMA)**

BARRANCA DE MARCÓ (HOY DEFENSA)

<p>ASIENTO DE NEGROS DE LA REAL COMPAÑIA DE FILIPINAS</p>	<p>QUINTA DE DN. VENTURA MIGUEL MARCÓ DEL PONT</p>	<p>ANDRES CAXARAVILLE</p>
--	---	----------------------------------

LINDEROS EN EL AÑO 1798

Plano de los solares donde se encuentra actualmente instalado el Museo Histórico Nacional y sus vecindades (1798).

BARRANCA DE LOS MISTOS (HOY BOLIVAR)

do en la manzana que daba a la barranca de los mistos, actual calle Bolívar. Se encontraba también aquí el depósito de negros de la Real Compañía de Filipinas, consecuencia de la reforma de Carlos III del 12 de octubre de 1778, que al promulgar el reglamento de comercio libre, autorizó seis años más tarde la concesión de licencias a particulares para la introducción de negros esclavos. Apoderado de la compañía fue en Buenos Aires don Martín de Sarratea, a quien el escribano y alguacil mayor del Cabildo le dio posesión del terreno con el ritual de costumbre, entrándolo por la mano, paseándolo por su interior, arrancando hierbas y esparciendo por los aires puñados de tierra.

De la barranca fue más tarde propietario don Manuel Gallego y Valcárcel, secretario del virrey don Pedro de Portugal y Villena, que a su vez, en 1812, la vende en remate público a don Daniel Mackinlay; al fallecer éste, su viuda enajena la quinta en 1846 al caballero americano Carlos Ridgely Horne, quien construyó allí su casa. Ya para entonces el lugar era conocido con el nombre de "quinta de los ingleses" o "barranca de Horne". Existe en el Museo Histórico Nacional una interesante carta de una nieta de ese señor, en la que refiere que su abuelo conservó la propiedad hasta que se vio obligado a huir a Montevideo en 1852, a raíz de la caída de Rosas, del que no era amigo, según expresa la autora de la carta, pero si admirador de su talento. Este sentimiento, agrega, lo indujo a asignar al desterrado dictador la suma mensual de 200 libras esterlinas, que pagó puntualmente hasta el año 1877, último de la vida de Rosas.

El trazado de las calles y caminos de la ciudad había continuado con el correr de los años; las primeras no tuvieron nombre hasta 1734, año en que el Cabildo respondiendo a un pedido del gobernador Miguel de Salcedo, bautizó a las principales con nombres de santos, como la calle del museo, que en 1769 se llamaba San Martín, en

1808, Liniers, más tarde Reconquista y en 1849, Defensa. En 1835 esta calle fue abierta para poner en comunicación a la ciudad con el Riachuelo.

De acuerdo al plano de Giannini de 1805, la ciudad se comunicaba con la zona sur por dos caminos; uno saliendo del Fuerte llegaba a la barranca del Parque Lezama y torciendo hacia el oeste, pasando el oratorio de Santa Lucía, se unía al segundo camino, que era más importante, llamado calle Larga, que corresponde a la de Montes de Oca. Arriba de la barranca del Parque se encontraba un depósito de pólvora, que proveía de este explosivo a las tropas de tierra y de marina en los primeros años de la guerra de la Independencia. Ya por este tiempo, existían varias chacras, hornos de cal y de ladrillos.

La zona en los años siguientes tomó una fisonomía propia y en sus quintas familias pudientes pasaban sus temporadas de verano, costumbre introducida por residentes ingleses, como Mackinlay que ocupaba el terreno del Museo.

Un vecino ilustre vivió en las inmediaciones de la barranca, en la calle Martín García, que llevaba entonces su propio nombre; calle del General Brown o calle del Bravo Brown, cuya propiedad de varias hectáreas se internaba en los juncales del Riachuelo. El ilustre almirante vivía retirado en ese sitio con el recuerdo de sus romancescas hazañas, que quitaron a la corona rostral de Neptuno algunos de sus atributos para incorporarlos a la historia naval de la República. Sobre la vera de esa calle de Martín García se levantaba su "risueña morada de Barracas", como la bautizara Mitre. El Parque Lezama se encuentra ligado a la figura del insigne marino por cuanto gustaba pasear a la sombra de sus árboles. Guillermo H. Hudson, el escritor de tan exquisita sensibilidad para la descripción de nuestras tierra y costumbres, es tal vez el único que nos da la postrera visión del glo-

rioso vencedor de Montevideo y Juncal, poco antes de su fallecimiento. Nos relata que siendo un niño, una tarde que pasaba lentamente a caballo frente a la "casa de los cañones", como él la llamaba, —por tener apoyado a dos de ellos en los pilares de la verja de entrada— y que hoy se encuentran en el Museo Histórico Nacional, "vio un anciano vestido de negro con cabellos blancos como la nieve, patillas a la moda antigua y rostro ceniciento, inmóvil y de pie al lado de uno de los cañones, mirando a lo lejos. Sus ojos eran azules —de ese azul turbio y fatigado por los años— y pareció no verme, dice, mientras pasaba a poca distancia de él, sino que buscara algo más allá y muy lejano".

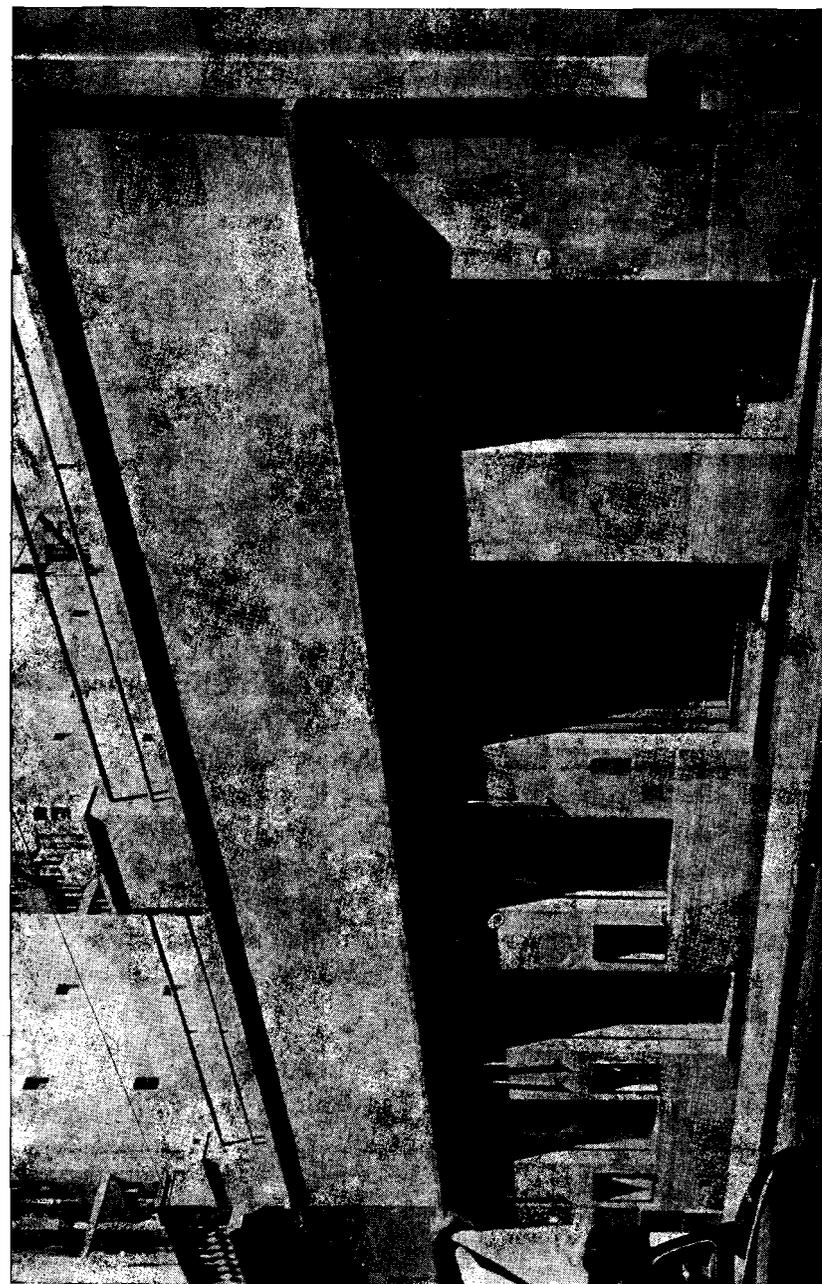
La barranca fue escenario en 1814 de un episodio que conmovió profundamente al pueblo y al Directorio Supremo. La derrota de los patriotas chilenos y su emigración consiguiente a las provincias de Cuyo y Buenos Aires trajo con la amargura de la pérdida de la "Patria Vieja", los hondos agravios que inundaban el alma de las facciones políticas que los dividían, representadas por O'Higgins y los hermanos Carrera, que culminaron en Buenos Aires en el duelo de Luis Carrera y el brigadier Juan Mackenna. Por la calle Defensa llegó a la barranca, a caballo, al lugar del duelo en la noche del 21 de noviembre, el bizarro brigadier a encontrarse con su apasionado antagonista de Talca y Mendoza. El duelo realizado en condiciones severas le fue fatal y una bala, luego de destrozar el percutor y el dedo de la mano que sostenía el arma, perforó su cuello, dando cuenta de su vida. Su cadáver abandonado por los padrinos, fue encontrado al día siguiente y trasladado a la plaza del Fuerte y colocado bajo los portales de la Cárcel y casa del Cabildo para su reconocimiento por los transeúntes, ya que para evitar su identidad uno de los padrinos lo había despojado de sus documentos.

Mármol en su novela histórica "Amalia", nos brinda una descripción exacta de la zona del Parque Leza-

ma, al relatar el episodio de la salvación de Eduardo Belgrano por su amigo Daniel. Este, luego de su lucha con los mazorqueros, tomó con su caballo la dirección de Barracas, atravesando las calles de Brasil y Patagones y pasando por una calle encajonada, angosta y pantanosa, sin edificio alguno a sus costados y sólo con fondos de ladrillos o de tunas de las casas con que termina la ciudad en sus barrancas que dan a Barracas. La salida de ese sendero daba a la empinada y solitaria barranca de Marcó a la altura del Museo Histórico Nacional, cuya pendiente rápida y estrecha causaba temor de día a los que se dirigían a Barracas, que preferían a la empedrada de Brown o la de Balcarce, antes de bajar por aquel medio precipicio.

Durante el sitio de Buenos Aires por Urquiza, la defensa de la barranca de Horne estuvo a cargo del teniente coronel José María Bustillo, con su batallón 2º de guardias nacionales. Roto el armisticio de marzo de 1853, las tropas porteñas entre el 26 y el 27 de abril, ocuparon la quinta de la barranca apoderándose de los cañones ahí emplazados y bombardeando la zona de la Boca y del Riachuelo. Unas cuadras al oeste, en el potrero de Langdon, fue donde el General Bartolomé Mitre recibió en una escaramuza un balazo en la frente, amortiguado por su quepís, que le produjo la honrosa cicatriz que lo acompañó en vida y dio realce militar y romántico a su consular cabeza.

En 1858 el "cólera morbus" hacía estragos en el barrio de San Telmo y la municipalidad de la ciudad instaló en la ya entonces quinta de Lezama, un lazareto para la atención de los apestados. Años después, durante la célebre epidemia de 1871, sirvió de albergue a numerosas personas que creían encontrar en ese aislamiento del núcleo urbano y bajo sus árboles, un menor peligro de contagio.



Museo Histórico Nacional.- Esmeralda 848. (1890 - 1891)

Con el telón de fondo de esta historia fue llegando el progreso al suburbio sur de la ciudad. Los carros y las carretas con sus bueyes y las diligencias que salían de la Plaza de la Victoria a la ribera del Riachuelo, fueron complementados con el ferrocarril de terraplén elevado a la Ensenada, con estaciones en las calles Venezuela y Tres Esquinas y en la Boca, pueblo lacustre este último de marinos y comerciantes, de colorido cosmopolita, que en el plano de Aymes de 1866 se encuentra ya delineado.

Pero el progreso y la belleza de la barranca de Horne llegó en 1857, cuando el acaudalado caballero salteño don José Gregorio Lezama adquirió la quinta al señor Horne, cuya extensión aumenta años después, edificando una residencia de hermoso estilo italiano, con galería exterior, alta torre mirador, hornacinas, estatuas y macetones, con su interior decorado más tarde por el artista uruguayo León Palleja.

Inteligente apasionado de las plantas y flores, el señor Lezama convirtió la quinta en un jardín como nunca había conocido Buenos Aires; sus canteros bordeados de arrayanes y flanqueados de tanto en tanto, con estatuas de mármol y vasos renacentistas, dieron una fisonomía de jerarquía a ese rincón de la ciudad y durante años perduró la fama de sus magnolias y camelias y la de muchas de sus plantas exóticas. Lástima grande que una falta de sentido de tradición, haya malogrado ese jardín al quitársele sus verjas y cambiado su antiguo trazado al finalizar el primer tercio del presente siglo, mutilando de paso la historia de la ciudad.

Hacia 1887, por iniciativa del Intendente de Buenos Aires, don Antonio F. Crespo, se tramitó la adquisición del parque para destinarlo a paseo público por juzgarse que sería uno de los principales de la ciudad, al que se denominaría "Paseo del Sud", en la misma forma que se había hecho con el "Parque 3 de Febrero", en la zona

norte. En ese paseo proyectado se instalaría diez años después el Museo Histórico Nacional.

No es posible hablar de esta institución sin mencionar a su fundador el doctor Adolfo P. Carranza, cuya dirección ejerció durante veinticinco años.

Forzoso e ineludible es hacerlo por dos razones fundamentales: rendir homenaje a su esclarecida memoria de ciudadano ejemplar, cuya devoción ardiente a las tradiciones de la patria permitió la reunión del material histórico disperso en el país y en el exterior, para constituir con él la base del patrimonio histórico del que se enorgullece la vieja casa de las glorias de la República del Parque Lezama. Un segundo sentimiento obliga a recordarlo: es el de justicia a la inmensa obra que realizó en beneficio de la cultura histórica del país y para ello, no encuentro nada mejor que blasonar su recuerdo con la sentencia sanmartiniana: "Nada es más justo que mostrar un generoso agradecimiento a aquéllos que dedican sus afanes al servicio común".

Desde muy joven —había nacido en 1857— en cuna de hogar patricio, vibró en Carranza la inquietud cultural de la generación brillante a la que pertenecía, iniciando sus actividades a la temprana edad de 16 años como miembro de una sociedad que ostentaba el ambicioso nombre de "Sociedad de Ensayos Científicos Literarios". Desde entonces, su nombre figura ligado a las inquietudes literarias, históricas y patrióticas del país, a las que dedicó todo el tiempo de su proficua vida, con infatigable tesón y entusiasmo, sin hesitaciones ni desmayos.

El trabajo persistente destinado a ver triunfar su ansiado objetivo, creación de un museo histórico de la

nación, es la noble característica de su vida. Los romanos tenían dos concretas sentencias sobre la virtud del trabajo: "Labor omnia vincit" —"Labor ipse voluptas"; el trabajo vence todo— el trabajo es en si mismo un deleite. Carranza las aplicó al fin patriótico de su vida y ello unido a las cualidades de saber lo que quería y la fe en si mismo, hicieron que estuviera equipado moralmente para triunfar.

El Museo Histórico Nacional debe su existencia a ese tenaz esfuerzo patriótico de difícil valoración a las generaciones del presente. En materia de museos el país contaba con iniciativas anteriores, la primera de las cuales se remontaba a 1812, como lo recuerda Alberto Palcos en "La visión de Rivadavia", cuando el prócer siendo secretario del Triunvirato, instó a las autoridades civiles y militares del territorio de las Provincias del Río de la Plata, el envío de todos los elementos que juzgasen útiles para la formación de un museo de arqueología y paleontología y también histórico, proyecto que lo concretaría en 1823 siendo ministro de Gobierno de Martín Rodríguez, con la fundación del Museo Público de Buenos Aires, que dependiente de la Biblioteca Nacional, de la universidad y con vida propia luego en el convento de Santo Domingo, pasaría transitoriamente después de Caseros a la de la "Asociación Amigos de la Historia Natural del Plata".

El museo era de Ciencias Naturales, pero piezas históricas se le fueron agregando desde su fundación y durante la época de Rosas, estas últimas con neto sentido federal, como la tercerola del soldado Manuel Bracho con la que dio muerte al general Lavalle en Jujuy; la máquina infernal con la que se intentó dar muerte al Restaurador; pistolas del "salvaje pardejón Rivera" capturadas en Arroyo Grande y otras más. Manuel Ricardo Trelles, el ilustre archivero de nuestro pasado, publicaba en 1857 en su carácter de secretario de aquella Aso-

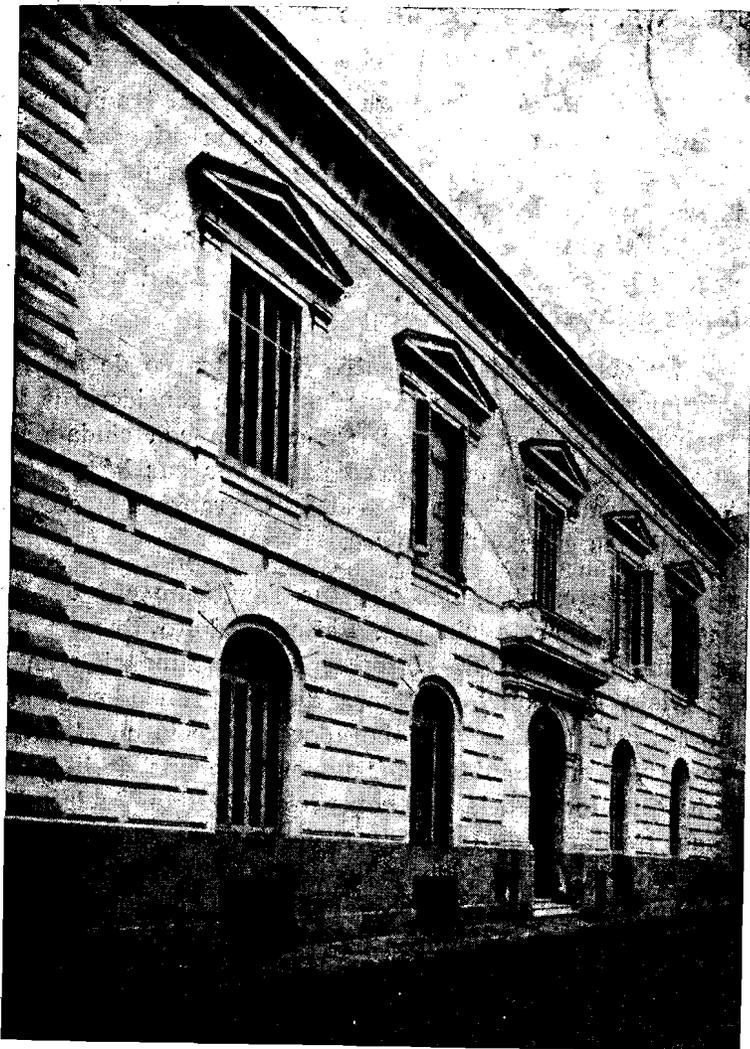
ciación, una memoria en la que registraba los objetos de carácter histórico que habían entrado al museo hasta esa fecha, que no eran muchos, si se exceptúa la gran colección de piezas numismáticas clásicas, adquiridas por Rivadavia en Europa al tiempo de la creación del Museo Público.

Correspondió a Carranza continuar esa tradición de recuperación del patrimonio histórico con esfuerzo exclusivamente personal, hasta concitar el interés de las autoridades nacionales y del municipio de Buenos Aires, salvando así gran parte de las preciadas reliquias que con orgullo presenta el Museo Histórico Nacional a la exhibición del pueblo.

Su obra se destaca dentro de un marco de intensa vibración patriótica. Afortunados deben considerarse los pueblos y las instituciones que cuenten con ciudadanos que tributen culto a sus tradiciones y a sus héroes que las conformaron, como el caso de Carranza que creó la casa de las glorias nacionales.

Por este ideal, del que fue fanáticamente devoto, luchó con energía sin par. Refiere Adolfo Decoud que al cumplirse en 1889 el tercer año de fundación de la "Revista Nacional", Carranza que era fundador y uno de los más prolíficos colaboradores, ofreció en el "Café de París" una comida a un numeroso grupo de literatos e historiadores, a la que concurrieron Mitre, Andrés Lamas, Bernardo de Irigoyen, Ernesto Quesada, Manuel F. Mantilla, Carlos Guido y Spano, Martín García Merou, Joaquín Castellanos y otros, al final de la cual, la mayoría de los presentes brindaron por la patria y los temas vinculados a sus aficiones. Carranza enunció en el suyo su ideal de fundar un museo histórico que fue compartido unánimemente.

Era intendente de Buenos Aires el doctor Francisco Seeber, que recientemente había regresado de Europa.



Museo Histórico Nacional.- Moreno 330. (1891 - 1893)

Entrevistado por el doctor Carranza, al que dio cuenta de su proyecto, tuvo franco y caluroso apoyo, dictando 24 de mayo de 1889 el decreto de creación del "Museo Histórico de la Capital", destinado según su fundamento, para el "mantenimiento de las tradiciones de la Revolución de Mayo y de la Guerra de la Independencia". Se nombró una comisión para su organización e instalación compuesta de personas tan eminentes como los generales Bartolomé Mitre y Julio A. Roca, doctores Andrés Lamas, Ramón J. Cárcano, Estanislao S. Zeballos y Manuel F. Mantilla y coronel José I. Garmendia. Por decreto del 3 de enero del año siguiente, Carranza era nombrado director del establecimiento histórico. La idea de Andrés Lamas de que su asiento fuera el edificio del histórico Cabildo no prosperó por razones administrativas y el flamante museo fue instalado en la calle Esmeralda, entre Córdoba y Paraguay, tomándose en arriendo una casa particular.

Un año después pasa a una propiedad del Municipio, situada en la calle Moreno Nº 330, no sin antes, que por iniciativa del director comenzaran trámites para la construcción de un local propio en la calle Florida a la altura de la plaza Retiro. La Intendencia Municipal opinó que por razones de economía era más apropiado el lugar que ocupaba el colegio militar en el Parque 3 de Febrero, cuyo edificio sería desocupado al trasladarse ese instituto a otro sitio.

La situación económica desesperada que se encontraba el país —estábamos en el año 1890— impidió toda innovación y entregado el Museo al servicio público el 30 de agosto, la inauguración oficial postergada tuvo lugar el 15 de febrero de 1891, en el local municipal citado de la calle Moreno. Con las donaciones recibidas, el Museo exhibió cerca de 300 objetos históricos en limitadas salas de la planta baja, ya que las del piso superior estaban ocupadas por la Oficina Química Municipal.

Carranza comprendió que la dependencia del Museo al orden municipal tenía sus limitaciones y gracias al apoyo del Consejo Deliberante, obtuvo la donación de su acervo histórico al patrimonio de la Nación. El intendente Francisco P. Bollini en nota del 21 de setiembre de 1891, dirigida al ministro del Interior doctor José V. Zapata, expresaba el patriótico anhelo del Municipio de Buenos Aires de que el establecimiento pasase a la jurisdicción nacional por considerarse "que se le daría mayor carácter entregándolo a la administración general del país, para que lo que hasta hoy es de la Capital Federal, pase como es justo, a ser de toda la República, en quien los sacrificios y las glorias son comunes...".

Así quedó fundado el Museo Histórico Nacional por el generoso desprendimiento de la ciudad de Buenos Aires, que once años antes habíase transformado ella misma en Capital de la República, renunciando a su calidad provincial, luego de un largo proceso histórico de desgarrantes alternativas.

En 1893 el Museo fija su sede en el local de la quinta agronómica situado en la calle Santa Fe 3951, o sea el edificio de ladrillos rojos del actual Jardín Botánico, en el que permanece hasta 1897, al mudarse al parque Lezama.

Con tantas mudanzas no tiene pues nada de extraño que los donantes de este tiempo, agregasen en sus notas, la cláusula de precaución de que los objetos que entregaban debían volver a su propiedad si el Museo desapareciese como institución.

La casa Jardín del señor José Gregorio Lezama, que había fallecido en 1889, fue adquirida en 1.500.000 pesos por la Municipalidad a su viuda doña Angela Alzaga, estipulándose en el contrato de venta de que al convertirse el parque en paseo público, debía conservar el nombre de Lezama. Al enterarse Carranza de la

adquisición hecha por el Municipio, que convertía esa hermosa residencia en una de carácter municipal, tuvo la idea de trasladar a ella el Museo, permutándola con la del Jardín Botánico que era nacional. El Concejo Deliberante por ordenanza del 6 de abril de 1897 autorizó el cambio, que un decreto del Gobierno nacional aprobó.

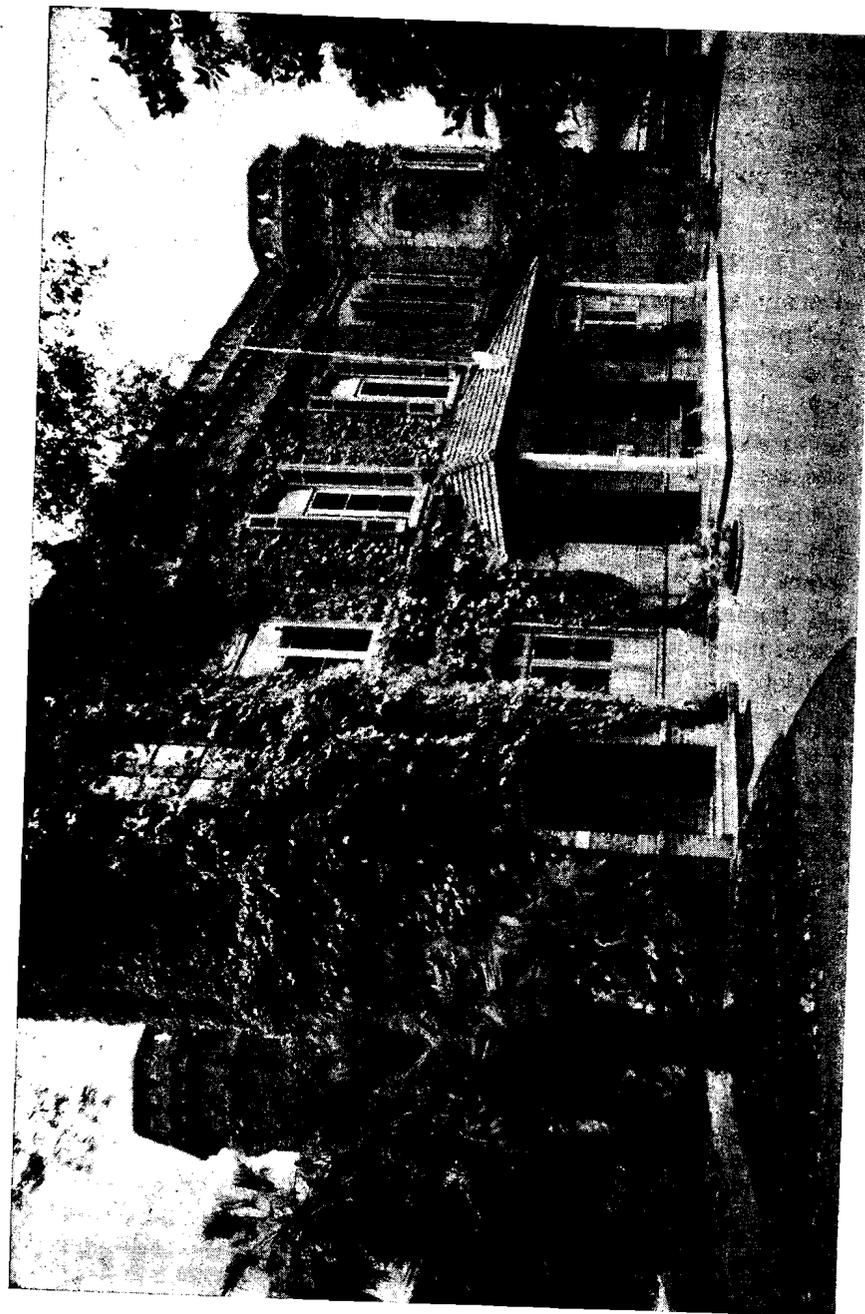
El Museo, conservando el edificio su característico aspecto exterior, se instaló en cuatro grandes salones, uno de ellos de 48 metros de largo, adaptando la residencia familiar al nuevo destino, tapiando puertas y derribando tabiques, con depósitos, oficinas y talleres de restauraciones, habilitándose más tarde otros salones, como el subsuelo que dá a la calle Defensa. El doctor Carranza se instaló con su familia en el ala izquierda, de manera que su dedicación al Museo fue íntegra; su casa la transformó en centro de reunión de historiadores que en inolvidables tertulias dominicales, de las que surgían no pocas sugerencias y donaciones, alimentaron el fuego sagrado de las tradiciones patrias.

La obra del doctor Carranza no se limitó por cierto a la fundación y dirección del Museo. Historiador e investigador en el alto sentido de esos títulos, dirigió y publicó numerosos trabajos; la "Revista Nacional", en catorce tomos; la del "Museo Histórico", con sus tres tomos y una entrega; la del Archivo General de la República Argentina, en catorce tomos; las "Actas del Cabildo de Buenos Aires", en cinco tomos; "La Ilustración Histórica", las "Patricias Argentinas", las "Actas de Mayo", "San Martín" y decenas más. Su actividad inusitada antes y después del centenario de 1810, con trabajos de repatriación de restos de guerreros y próceres de la Independencia; la colocación de 52 placas históricas para justificar los nombres de calles de Buenos Aires; las propuestas de erección y dirección de monumentos; la confección de telas, láminas históricas y de bustos; sus discursos en aniversarios patrios, etc., llenan su vida,

actividad desbordante de ideal de patria que llevó a cabo, por entender como Rivadavia, que la "falta de historia propia es una de las causas más eficaces de la falta de fuerza moral y de espíritu público en nuestras repúblicas".

Nada mejor dibuja la magnífica personalidad moral y patriótica del fundador del Museo Histórico Nacional que su diario manuscrito, existente en el archivo de esa institución. En él el doctor Carranza fue anotando en sus últimos años los actos más importantes de su actuación y las reflexiones que le suscitaban los acontecimientos de los que era testigo, de cualquier naturaleza que fueren. En cada anotación de su puño y letra palpita su alma de patriota, su indignación ante ideas de extrema izquierda, que juzga disolventes de la nacionalidad, su ferviente amor a la tierra y el deseo permanente de aumentar el patrimonio histórico de la nación. Todas sus actividades tienden a esos fines. Así por ejemplo, anota el 22 de noviembre de 1910: Llegué y traje al Museo los sesenta y cuatro ladrillos que habían enteros, de la base central de la Pirámide, a objeto de que sirvan como piedra fundamental en cada uno de los monumentos que se levanten en nuestro país. En tres haré pintar la Pirámide.

Su impresión del día del centenario de la Revolución de Mayo, la expresa así: A las diez y media fui a la Plaza de Mayo a saludar la Pirámide. A la 1 p.m. vi el desfile desde la casa de Irigoyen (Florida y Tucumán) —espléndido—. De la marina, norteamericanos y argentinos. Los conscriptos argentinos, como de línea. Gloria a Mayo y a nuestro país, grande y culto. En esta inmensa masa humana, ni un ebrio, ni un descalzo, ni ponchos ni miseria. Todos bien vestidos, alegres, respetuosos, entusiasmados. Me he conmovido y me he sentido feliz de ser argentino.



Museo Histórico Nacional.- Santa Fe 3951. (1893 - 1897)

En la del día siguiente narra su encuentro con el doctor Dardo Rocha. "Entre la multitud en la noche de ese día encontré a Dardo Rocha. Saludé al fundador de La Plata. Cruel ha sido el castigo para el que levantó a D'Amico y otros, que después han resurgido. Que gran pueblo, le dije. Si, me contestó, pero que chiquitos los que lo gobiernan. ¡Y dimos un viva a la Patria!"

El 24 de agosto de 1911 registra una entrevista con un ministro del Poder Ejecutivo, que estaba ocupándose del presupuesto del ministerio de Instrucción Pública. Le recordé —dice— la partida para la edificación del Museo que me habían quitado en el mes de marzo, por razones de economía. Le recordé, también, que el presidente Sáenz Peña me había ofrecido restablecerla. El ministro me respondió que no se aumentaría el presupuesto por la mala situación financiera. Le repliqué entonces que veía que se hacían otros gastos y como me insistió que no podía hacer nada me retiré con el convencimiento —y aquí viene su desahogo— de que este hombre es un buen sujeto para fraile, agregando otras expresiones poco li-sonjeras.

Desahuciado por este año, esperaré, aumentaré lo que pueda en el Museo y algún día se sabrá lo que he reunido. Sé a mi edad, que los contemporáneos son recelosos y desconfiados; no importa, hay que servir a la patria, pues otros que valían más sufrieron peor.

Registra el 2 de diciembre de 1912, su entusiasmo por la hazaña de un argentino: Quiero hacer constar mi admiración y mi satisfacción patriótica por la hazaña del conscripto Teodoro Fels, que ha atravesado en aeroplano a Montevideo. Es la raza que preconizo surge en el país.

La visita del ex presidente de los EE. UU. Teodoro Roosevelt al país la sigue con atención, ya que su diario se refiere a ella en varias oportunidades. Su registro

del 8 de noviembre de 1913, dice: He leído el discurso de Roosevelt anoche. Me parece algo socialista; es más revolucionario que conservador. La pieza es notable, pero creo que Root era superior.

Su registro del 6 de abril de 1913, dice: Hoy he leído un artículo del doctor B. . . ., que dice que Ameghino es como San Martín. ¡Y éste ha sido diputado del pueblo. . . !!! Es que la mala yerba se difunde.

El 11 de mayo de 1913 comenta el paso de una manifestación cívica por la Avenida de Mayo y calle Florida, hasta la estatua del General San Martín, cuya concurrencia cantaba el Himno Nacional. Cuando me despedí de la columna en Retiro —escribe— asomaban las lágrimas de gozo a mis ojos viendo el orden y entusiasmo de los jóvenes y niños; estaba solo, no sabía como desahogarme, cuando pasó el coronel Guerrico (marino dignísimo de 78 años) y al apretarle la mano, le dije abrazándonos: Coronel, hay patria. Creerá usted, me dijo, que he estado con ganas de llorar. Yo también, le contesté, así con este abrazo nos desahogamos de la emoción. ¡Viva la Patria!

Estos episodios que señalan la extrema sensibilidad patriótica del doctor Carranza explican su generosa dedicación al ideal del engrandecimiento del Museo, en que nada escapaba a su persistente empeño de aumentar su patrimonio, viajando de continuo al interior del país y a países limítrofes para el logro de ese fin. Su diario registra muchas de sus gestiones. Entre 1913 y 1914 se dedicó a reunir bandas presidenciales; visita a expresidentes como Roca, Uriburu y Figueroa Alcorta, relata las conversaciones que con ellos tuviera y al final de las mismas el pedido de la banda, a los que todos accedieron, encontrándose hoy esas insignias supremas de gobierno en el Museo Histórico Nacional.

Su último registro corresponde al 11 de agosto y dice: Vengo del entierro del presidente Sáenz Peña. Muy

concurrido. Ha muerto en el momento que se puede elegir para hacerlo, rodeado del aprecio y consideración de todos. Me ha parecido que el discurso más sentido es el del doctor de la Plaza.

Tres días más tarde, una mano anónima cierra su diario con estas palabras: Agosto 14: Murió.

Así como ante la muerte debe considerarse la vida entera, así también, al entrar en la casa de las glorias de la nación debe recordarse la vida entera de la patria y la del ciudadano que hizo posible la reunión de ese patrimonio histórico, que nos introduce en un mundo de intensas sugerencias, llenando los ojos con visión de gloria.

Para Carranza el Museo Histórico no fue un nombre sino una emoción. Las piezas históricas que por millares llegó a reunir no alcanzó a clasificarlas metódicamente en el local del Parque Lezama, que amplió al llegar, llegó a ser estrecho a su muerte, tan grande había sido su tarea de recolección. Otros directores que le sucedieron completaron su trabajo, dando distribución orgánica al invaluable patrimonio y a los objetos que paulatinamente fueron llegando por donaciones y por adquisiciones, los menos.

Se cumplió en más de medio siglo de labor el proceso de las tres etapas principales de la formación de un museo; adquirir las piezas, asegurar su conservación y organizarlas, fase esta última necesaria para el fin de ganar el corazón del visitante, que se consigue con la presentación inteligente de los objetos. En este sentido son instructivos, pero inútiles si no hacen partícipes al observador del mensaje que realmente traen del pasado, transmitiendo los hechos y obras de las anteriores generaciones, que se consigue cuando la presentación es agradable y didáctica, complementaria de las lecciones que el observador ha recibido en el aula escolar o en los libros que ha leído.

El doctor Juan A. Pradère que sucedió a Carranza en 1914, era un espíritu selecto que desgraciadamente murió antes de cumplir dos años en la dirección; organizó, sin embargo, ese inmenso repositorio histórico en forma orgánica, creando una sala especial dedicada a San Martín y otra a la época de Rosas y la Federación y aumentando el acervo con calificadas piezas.

Le sucedió el doctor Antonio Dellepiane, que luchó tesoneramente por el ensanche del Museo, logrando sustanciales mejoras en ese sentido y por difundir desde su cargo los conocimientos históricos con su bien cortada pluma y en conferencias. La biblioteca que se había formado con la donación de la propia que hiciera el doctor Carranza, fue enriquecida con obras de singular valor y al retirarse en 1932, lo fue para dedicarse por entero a su pasión de estudioso del pasado histórico.

Su reemplazante fue el señor Federico Santa Coloma Brandsen que se contrajo a la idea de crear un museo en el Cabildo de Buenos Aires, bajo la superintendencia del Museo Histórico Nacional, que se convirtió en realidad merced al proyecto de ley presentado a la cámara por el diputado Carlos A. Pueyrredón, que declaraba monumento histórico al Cabildo y museo a la vez con el traslado de colecciones del Museo Histórico Nacional, especialmente las relativas a la Revolución de Mayo e invasiones inglesas. Durante su dirección se reconstruyeron las salas de la Independencia y el dormitorio del Libertador, reproducido fielmente tal cual era en Boulogne sur Mer. En 1938 al cumplirse el cincuentenario de la muerte de Sarmiento, la Comisión de Museos, Monumentos y Lugares Históricos de reciente creación, que presidía su fundador doctor Ricardo Levene, mediante un decreto del Poder Ejecutivo Nacional rindió el significativo homenaje de crear un museo que llevara su nombre, integrado con los objetos relacionados con su vida pública y privada, elementos que se transferirían del Museo Histórico Nacional.

Se entregaron todos los elementos y en esta forma, esta institución en dos oportunidades contribuyó a la formación de museos especializados, en perjuicio de su propio y natural desarrollo orgánico.

El señor Alejo González Garaño que le sucedió en la dirección en 1939, reunía en admirable síntesis las cualidades necesarias para el cargo; organizó salas especialmente dedicadas a próceres, creó la de presidentes argentinos y su amplia versación en el conocimiento iconográfico del pasado, del que era un inteligente apasionado y coleccionista, le facilitó la tarea de crear las galerías de láminas y grabados.

Desde entonces, en treinta y cuatro salas y pasillos habilitados, los objetos expuestos permiten tener una visión objetiva de la historia argentina y americana, de acuerdo a los periodos históricos a que pertenecen, pues ese es el sentido rector del Museo: nuestra patria y América. Se comienza en el subsuelo con la sala del "Descubrimiento del Nuevo Mundo", presidida por la tela de gran superficie del pintor Pedro Gabrini que lo evoca; se continúa luego con los ambientes dedicados a la conquista, colonización, virreinato del Río de la Plata, invasiones inglesas, para luego entrar al de la Revolución de Mayo.

Nuestras desgraciadas contiendas civiles tienen su representación, como también la feliz de la Unión Nacional cuyo centenario celebramos estos días y la constructiva de la Organización Nacional; las guerras contra el imperio del Brasil y el gobierno del Paraguay, las expediciones al desierto, la de símbolos nacionales, la iconográfica de los presidentes argentinos y las galerías de láminas y grabados que muestran las costumbres de antaño, forman nutridos y variados conjuntos que evocan con documentación auténtica las emociones pretéritas, cuyos nombres llevan.

Todo ciudadano debe ser instruido en la verdad de la historia de su patria. Un Museo Histórico es el repositorio de esa verdad, que se encuentra en mil diversas formas, pues como dijera el deán Gregorio Funes en su "Ensayo Histórico": "Los hechos sin comprobación no pertenecen al campo de la historia".

El Museo muestra esa verdad que a veces está oculta o tergiversada en los documentos oficiales.

Una institución de esa clase de carácter nacional debe por lo tanto, exhibir el pasado en sus distintos elementos objetivos, sin excepciones, ya que ellos reflejan el curso del tiempo, la historia del pueblo al que pertenecen. Hacer una selección de las piezas museográficas, ocultar lo malo para exhibir lo bueno, exhibir todo aquello que enaltece con omisión de lo innoble, es falsear la historia, sería hacer creer que los pueblos siempre han sido gobernados por hombres puros, sin influencias malsanas y sin el peso de la virulencia de sus pasiones.

La presencia de objetos que hayan pertenecido a una época aciaga o a gobernantes u hombres de nefasta memoria, no significa que se los justifique. Muy orgullosos y con razón están los italianos y con ellos el mundo occidental, de ser herederos de las virtudes de la Roma republicana y de la imperial y no por eso, se ocultan de la vista del público la degradación de Pompeya y la crueldad de algunos de sus emperadores. Muy orgullosos están los ingleses de su torre de Londres, pero no por eso ocultan sus horribos calabozos, las inscripciones postreras dejadas en sus paredes por los infelices presos, los instrumentos de tortura, el leño con la cicatriz dejada por el hacha del verdugo al cortar la cabeza de Ana Bolena y de señalar la ventana desde la cual el rey Enrique VIII vio el suplicio dispuesto por él de su segunda esposa, de las seis que tuviera en vida.

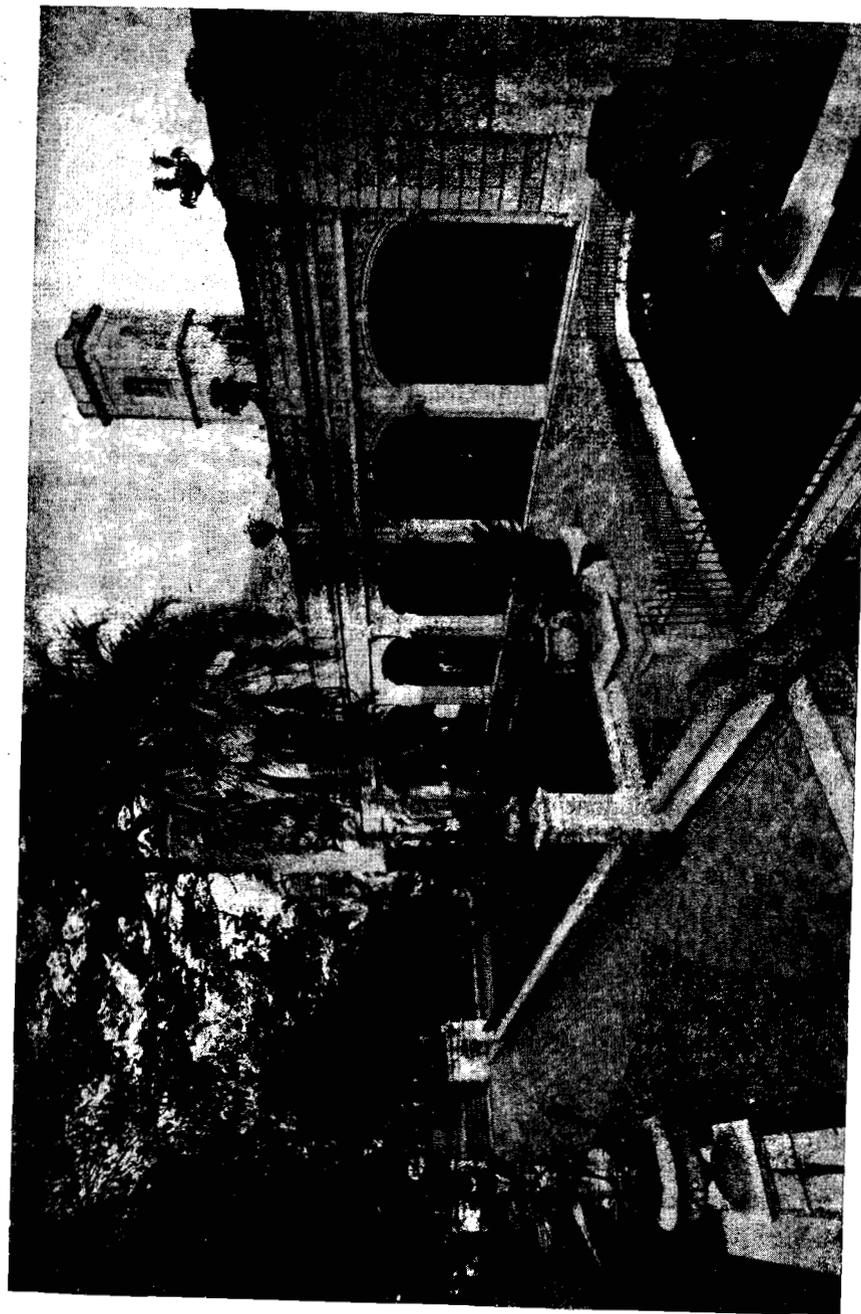
Es que la verdad histórica, como decía el deán Gregorio Funes, no admite disimulos y si se quiere que la his-

toria sea el auténtico tribunal de la posteridad, como se la ha definido, debe mostrarse tal cual es, sin deformaciones. Los museos, que con los archivos forman su repositorio documental, deben mostrar el pasado tal cual fue, porque la historia no la han protagonizado los santos sino los hombres.

La brevedad impuesta por el tiempo a esta disertación impide enumerar en detalle las piezas más importantes que custodia el Museo; ella es sólo evocativa, tratando de transmitir al selecto y distinguido público que pacientemente sigue esta charla un tanto deshilvanada, la impresión de cómo se formó el Museo Histórico Nacional, de su historia y de lo que contiene, uniéndolo al episodio o a la anécdota, algo así como el esbozo del pintor a la tela que ejecuta o al esquicio de una carta marina por el cartógrafo.

La pregunta corriente que formula el público es la de qué objeto es el más importante. En este sentido, podría decirse que es el tintero usado en la firma del acta de nuestra independencia o el de la constitución de 1853; el piano con el que se tocó por primera vez el himno nacional; los trofeos conquistados en los campos de batalla, los recuerdos personales de algunos de nuestros grandes próceres civiles y militares e infinidad de otros más. Todos desde un punto de vista determinado serían importantes.

Indudablemente por su simbolismo, el sable corvo del Capitán de los Andes es la pieza más notable que guarda el Museo, famoso acero que envainó con honor en un acto de renunciamiento del que pocos ejemplos muestra la historia universal. Le hacen compañía en el templete levantado en el centro de los recuerdos de la independencia, el famoso falucho, sus condecoraciones desde la de Baylén a la de la Orden del Mérito de Chile, su efigie de rasgos marciales pintada por Gil de Castro, los uniformes y condecoraciones de sus abnegados compañeros de gloria, sus objetos de uso personal —criollos algunos— como las



Museo Histórico Nacional.- Edificio actual, Defensa 1600. ocupado desde el 1º de octubre de 1897.

espuelas nazarenas, chifle, yesquero y poncho peruano, las banderas realistas tomadas en los campos de batalla, para llegar al dormitorio de su hogar en Boulogne sur Mer, que vió descansar sus restos mortales, reinstalado con sus propios muebles y objetos familiares, escrupulosamente restituido en sus menores detalles.

Todo en ello es auténtico y aquello que no pudo traerse de Francia, como las puertas, ventanas, estufa y revestimientos de madera, fue reproducido con fidelidad. Para ello se utilizó el plano de arreglo y ubicación de los muebles, objetos y cuadros que enviara en 1899 la nieta del Libertador, doña Josefa Balcarce y San Martín de Gutiérrez Estrada, que ha permitido dar emotividad a esa estancia antes que su ilustre morador pasara en espíritu al imperecedero recuerdo de sus conciudadanos agradecidos.

Pasando a la sala de Belgrano nos encontramos con una pieza que por su esplendor, forma y metales nobles de que está formada, despierta y acucia la curiosidad del visitante. Es la conocida con el nombre de tarja o escudo de Potosí, hecha en plata piña y oro, de cuyo estudio analítico se han ocupado algunos historiadores, especialmente el doctor Antonio Dellepiane en uno documentado, impreso en 1917.

Triunfante el General Belgrano en las memorables batallas de Tucumán y Salta, la villa imperial de Potosí, con su argentífero cerro y célebre casa de moneda, quedó en poder del ejército patriota, luego de su triunfal y apoteótica entrada bajo arcos de honor y regocijo popular.

El General Belgrano, con su discreción y mesura, se captó las simpatías de todas las clases sociales. Fue entonces cuando las damas de Potosí le ofrecieron la simbólica tarja, trabajo de plateros y orífices, cuyo simbolismo es la unión de la Imperial Villa con el General

Belgrano, para que la posteridad así lo recordase y la protección que éste dispensaría con su ejército victorioso a la causa de la emancipación de la América meridional, cuyo contorno continental constituye la parte central del escudo, protección que la confirman las leyendas alusivas inscriptas, especialmente un canto al creador de nuestra bandera, en barroquismo literario propio del tiempo.

Salvada la tarja de los desastres de nuestro ejército del Norte, fue exhibida en su época al pueblo desde los balcones del Cabildo. Donada en 1890 por la Cámara de Apelaciones en lo Civil al Museo, se exhibe hoy en la sala dedicada al General Belgrano como justiciero homenaje al vencedor en Tucumán y Salta, a cuyos triunfos también está dedicado este famoso y alegórico trabajo de los plateros del Alto Perú.

La sala dedicada al dictador Rosas, con sus elementos que demuestran el odio introducido en la familia argentina y su división en facciones irreconciliables, el panegírico constante al dictador y la ocultación de esa verdad, que documentada en objetos, después de más de un siglo acusan con su presencia esa oscura época de decadencia política y moral.

Sala de gran colorido emocional, la profusa iconografía de Rosas se refleja en óleos, divisas, banderas, jarrones, cajas de rapé, relojes, etc., en confusa muestra de obsecuencia y egolatría. No falta ni el detalle de un guante femenino que tiene pintado el retrato del omnipotente gobernador, para que el caballero que se viera en la necesidad de galantemente saludar a su gentil poseedora besando su mano, también lo hiciera al retrato de su excelencia el señor Restaurador de las Leyes, sutil medio que envidiaría un príncipe del Renacimiento para conocer la opinión política de aquél, ante la negativa de hacerlo o ante su gesto de repugnancia de llegar a ese extremo.

Se encuentra asimismo, una pequeña mesa de madera, de pobre apariencia, sobre la cual el General Lavalle

firmó su célebre parte al gobierno delegado comunicando el fusilamiento "por mi orden", del depuesto gobernador de Buenos Aires, Coronel Manuel Dorrego, asumiendo ante la historia toda la responsabilidad del acto. El arrepentimiento posterior del bizarro sableador de Río Bamba, se anticipó al juicio de la posteridad que ha juzgado que ese sacrificio fue un error político y sin caer en la "Uchronia", de Renouvier, de la que nos habla Mitre en sus "Comprobaciones Históricas", de cómo pueden prevenirse ciertos hechos y producirse otros, no hay duda que la muerte del Coronel Dorrego hizo desaparecer el último obstáculo al gaucho de los Cerrillos para la conquista del poder en la única forma como él lo entendía, con el ejercicio de facultades extraordinarias.

Esa mesa, de pobre apariencia como hemos dicho, pero de tan terrible simbolismo en la historia argentina, está flanqueada por dos retratos, colocados al azar en sus flancos; uno de Cuitiño y otro de Salomón, que proyectan sus sombras siniestras de mazorqueros sobre la mesa, retratos que surgidos de un parte escrito en la misma, se prolongan a un futuro de crímenes y persecuciones.

Dije anteriormente que al hablar del Museo Histórico Nacional debe necesariamente hablarse de su fundador. Al entrar en la sala dedicada a la guerra contra el gobierno del Paraguay, cuya reintegración histórica se efectuó en 1958, luego de su desmantelamiento por la dictadura, se hace presente una anécdota que por su contenido de hondo sentir patriótico y de respeto al patrimonio histórico conviene divulgar como ejemplo de permanente valor moral.

A principios de este siglo, la opinión pública fue agitada a raíz de la presentación de un proyecto en nuestra cámara de diputados, de donación de los trofeos de la guerra del Paraguay.

En ese tiempo ejercía la dirección del Museo Histórico Nacional el doctor Carranza. La guardia de vigilancia

de sus salas se cubrían con soldados veteranos de aquella cruenta guerra. Entre ellos había un sargento que fue llamado por el doctor Carranza a su despacho, a quien, llegado que hubo, le preguntó:

Ha oído usted —le dijo— que se piensa devolver los trofeos de la Alianza?

Si, señor; lo he leído, lo he leído y no puedo comprenderlo. Serán los que no pelearon, los que no sufrieron... o los que no son argentinos...

Si usted se anima y me ayuda, vamos a resistirnos a la entrega, aunque una ley nos obligue. No tema usted nada; yo seré el responsable. Cuando vengan al Museo quienes pretenden llevarse los trofeos, yo lo llamaré a usted y le daré esta orden: Sargento: los señores vienen por los trofeos del Paraguay; tráigalos, usted que sabe donde están. Bueno, y fijese bien, óigame bien. Está lista en el mirador la leña para una fogata; coloque allí las banderas, encienda la mecha, y que ardan. En seguida vendrá usted a decirme que la orden está cumplida. ¿Se anima? El sargento se cuadró militarmente:

A la orden mi director. Con el brazo herido en el Yatay será cumplida... La iniciativa no prosperó, y cuando el ambiente retornó a la calma volvieron a sus vitrinas los trofeos que el doctor Carranza había retirado del Museo para ocultarlos en su propio dormitorio. Los que el público había visto en las vitrinas por aquellos días no eran los auténticos; eran una imitación que el doctor Carranza mando preparar por si llegaba el caso de la fogata en el mirador.

Con olvido del principio de que la generación del presente no es la dueña de las reliquias del pasado de la patria, sino simplemente su custodia y que su deber es entregarlas intactas a la que la suceda, y si es posible aumentadas, medio siglo después el atropello al patri-

ción de Mayo, completando la resuelta acción de Saavedra. Varela, desde el "Comercio del Plata" combatió a la tiranía y rindió su vida en el noble empeño bajo el puñal alevé del emponchado, dejando frescas en la redacción del periódico sus posteras cuartillas, como últimos disparos hechos contra la opresión del que había dispuesto su muerte violenta al no poder doblegar su espíritu de hombre libre.

Muchas y variadas son las reliquias donde la vista no encuentra reposo al contemplarlas, recuerdos de un pasado de gloria que pierden su materialidad al consubstanciarlas con la historia de las que han sido mudos testigos, se elevan a lo infinito en una combinación ideal de cielo y tierra, de espíritu y materia, que hace generar el sentimiento de patria en toda su pureza.

La patria perpetuada en el lienzo, en el papel, en el bronce, en el mármol, en las armas y en los uniformes, muestra una supervivencia que es deber conservar y prolongar, para que se cumplan las palabras que pronunciaría el talentoso sacerdote Valentín Gómez, en el Congreso General Constituyente de 1826, de "que no es absolutamente cierto que la memoria de ciertas cosas y de ciertos sucesos desaparecen con la distancia: hay ciertas clases de negocios y de acontecimientos cuyo tamaño crece y cuya claridad se aumenta con el tiempo que corre". En la patria de los argentinos el Museo Histórico Nacional es el custodio reverente de esa verdad.

PUBLICACIONES DEL MUSEO HISTORICO NACIONAL
desde 1935

- 1935 — *Homenaje al Libertador José de San Martín*. Ricardo Levene: *San Martín Síntesis de la Historia Argentina*. Federico Santa Coloma Brandsen: *El Museo Histórico Nacional e inauguración de las Nuevas Salas*. Buenos Aires. 34 pp.
- 1935 — Ricardo Levene. *Síntesis Sobre la Revolución de Mayo*. Buenos Aires, 1935. 28 pp.
- 1936 — Gustavo Franceschi. *Síntesis Biográfica de Fray Justo Santa María de Oro*. Buenos Aires, 1936. 8 pp.
- 1939 — *Cincuentenario del Museo*. Homenaje a su fundador Adolfo P. Carranza. Discurso del Dr. Ricardo Levene. Palabras de los doctores Ramón J. Cárcano y Adolfo F. Orma. Discurso del Sr. Antonio Apraiz. Buenos Aires, 1939. 32 pp.
- 1939 — *El Museo Histórico Nacional en su Cincuentenario 1889 - 1939*. Buenos Aires, 1939. 277 pp.
- 1940 — Benjamín Villegas Basavilbaso. *Significación Moral del Testamento de San Martín*. (Conferencia). Buenos Aires, 1942. 32 pp.
- 1941 — Plano explicativo del Museo Histórico Nacional. 6 pp.
- 1941 — Emilio Ravignani. *Nuevas Aportaciones Sobre San Martín Libertador del Perú*. (Conferencia). Buenos Aires, 1942. 32 pp.
- 1942 — J. C. Raffo de la Reta. *Filosofía Sanmartiniana. El Deber, como Causa Determinante de su acción*. (Conferencia). Buenos Aires, 1942. 39 pp.
- 1943 — Juan Pablo Echagüe. *La Última Lección de San Martín*. (Conferencia). Buenos Aires, 1943. 42 pp.
- 1944 — Mario Belgrano. *San Martín y Belgrano*. (Conferencia). Buenos Aires, 1945. 36 pp.
- 1945 — Héctor R. Ratto. *Aspectos Navales de la Estrategia del Libertador*. (Conferencia). Buenos Aires, 1947. 37 pp.
- 1947 — *Gabinete Numismático del Museo Histórico Nacional*. Buenos Aires, 1947. 8 pp.

- 1948 — Eduardo Acevedo Díaz. *El Paso de los Andes, camino a través de Cuatro Cordilleras. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1948. 60 pp.
- 1949 — *El Gabinete Numismático del Museo Histórico Nacional*. Ciudad de Buenos Aires. Año MCMXLIX. 64 pp.
- 1951 — Catálogo del Museo Histórico Nacional. Tomos I y II. Buenos Aires, 1951.
- 1952 — Catálogos de Documentos del Museo Histórico Nacional. Tomos I - II y III. Buenos Aires, 1952.
- 1952 — Selección de Documentos del Museo Histórico Nacional. Tomo I. Buenos Aires, 1952.
- 1956 — Ricardo R. Caillet Bois. *San Martín y el Ejército del Norte. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1956. 33 pp.
1957. — Raúl A. Molina. *San Martín en Buenos Aires hasta el Combate de San Lorenzo. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1957. 36 pp.
- 1958 — Carlos M. Gelly y Obes. *General Indalecio Chenaut. 1808 - 21 de mayo - 1958. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1958. 54 pp.
- 1958 — Ricardo Piccirilli. *San Martín y la Logia Lautaro. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1958. 40 pp.
- 1959 — Oscar E. Carbone. *El Patriotismo de San Martín. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1960. 40 pp.
- 1960 — Bonifacio del Carril. *Notas Sobre la Vida y Obra de San Martín. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1961. 43 pp.
- 1960 — Catálogo del Periodismo e Imprenta Argentina. Inauguración del Salón Exposición en el Museo Histórico Nacional. 7 de junio de 1960. 233 pp.
- 1960 — Humberto F. Burzio. *Museo Histórico Nacional. (Conferencia)*. Buenos Aires, 1962. 48 pp.
- 1961 — Armando Braun Menéndez. *San Martín y la Expedición Libertadora del Perú. (Conferencia)*. En prensa.
- 1962 — *Guía explicativa del Museo Histórico Nacional*. Buenos Aires, 1962. 8 pp.